

La paz, como una madre cariñosa,
Sus benéficas alas con ternura
Sobre ella, al fin, extenderá amorosa.

Y movido por fin de su tristura,
AQUEL que convirtiera el agua en vino
Convertirá su acíbar en dulzura.

Le dará bondadoso luz y tino
Quien la luz á los ciegos devolvía,
Y seguirá mi patria el buen camino;

La hará resucitar á la alegría
Quien de la tumba á Lázaro sacara
De nuevo al aire y á la luz del día.

AQUEL que, paternal, multiplicara
Los cinco panes, perdurables años
De paz y de abundancia le prepara.

Tras tanta humillación y tantos daños,
Mi pueblo se verá grande y temido
Envidiando su gloria los extraños.

Y el mismo que á su pueblo protegido
Por en medio del mar camino abriendo
En él deja al egipcio sumergido,

Potente los obstáculos venciendo
Por la difícil senda interrumpida
Nos irá de la mano conduciendo.

Y cual llegó á la tierra prometida
El escogido pueblo tras la guerra,
Llegaremos tras lucha fratricida
De paz y unión á la anhelada tierra.

JOSE ROSAS MORENO.¹

EM LA TUMBA DE JUAN VALLE.

Del valle silencioso,
Mansión de los amores
Do en plácida quietud rodó tu cuna,
A verte vengo al asomar la luna,
Trovador de las fuentes y las flores.
Escucha cariñoso
Las tiernas armonías
Que en otro tiempo con placer oíste;
Tal vez te arrullen con mi canto triste
Dulces recuerdos de pasados días.

De aquellas majestuosas
Montañas escarpadas
A estos valles me arrastra mi destino,
Como arrastra el airado torbellino
A las pálidas flores deshojadas.
Yo hablé con las hermosas
Que tu esperanza fueron,
Yo allí tu nombre murmuré pasando,
Y en las grutas los ecos suspirando
Mi angustiosa querella repitieron.

Yo soy el que al abrigo
De la amistad sincera,
Llorando junto á tí te dió consuelo,
Y he visto triste en tu nublado cielo

1. Nació en Lagos (Jalisco) el 14 de Agosto de 1838. Falleció en la misma ciudad el 13 de Julio de 1888.

Morir la luz de tu ilusión postrera.
 Yo recorrí contigo
 Las rústicas cabañas,
 Estrechando tu mano con mi mano;
 Yo soy tu amigo fiel, yo soy tu hermano;
 Yo soy el trovador de tus montañas

No me oyes ¡ay! Mi canto
 En vano aquí resuena;
 Lanzo en vano suspiro quereloso
 Que en eterno silencio pavoroso
 De espanto y de dolor el alma llena:
 Tu rostro está sin llanto,
 Tu corazón inerte,
 Y aspirando narcótico beleño,
 Inmóvil duermes el eterno sueño
 En el triste regazo de la muerte.

Ya nunca tus cantares
 En nuestro bosque umbrío
 Alegres sonarán, como sonaban
 Cuando un tiempo feliz me despertaban
 En las tibias mañanas del Estío.
 Ya nunca mis pesares
 Mitigaré tu acento,
 Que entre cipreses fúnebres tu lira,
 Sólo en la noche lánguida suspira
 Al rumor melancólico del viento.

Tu ausencia pesaroso,
 En trova lastimera
 Lloro en tu tumba ¡oh bardo! y mi destino,
 Porque tú, venturoso peregrino,
 Llegaste al fin á la feliz ribera.
 Dichoso tú, dichoso,

Que al elevar tu vuelo
 Lejanas á tus pies miras las nubes,
 Y escuchas la canción de los querubes,
 Y abres tus ojos á la luz del cielo.

Dejaste de la tierra
 La triste noche obscura,
 Las deshojadas flores, la esperanza,
 Anhelos inútil que jamás se alcanza
 Y es germen del dolor y la amargura.
 Dejaste aquí la guerra
 Que el corazón nos hiere,
 Las tormentas que rápidas se agitan,
 Por las flores que nunca se marchitan,
 Por el radiante sol que nunca muere.

La sombra que tus ojos
 Fatídica envolvía,
 Por la muerte se mira disipada,
 Y hoy contemplas con ávida mirada
 La patria de la paz y la alegría.
 En tanto yo entre abrojos
 Que honda ansiedad me inspiran,
 Voy cruzando el desierto tristemente,
 Sin hallar una palma ni una fuente. . . .
 ¡Ay! infelices los que aquí suspiran.

Si la calumnia impura
 Vuelve á ultrajar tu nombre;
 Si no hallas ni una flor ni una plegaria,
 ¿Qué te importa en la tumba solitaria?
 ¿Qué importa aquí la ingratitud del hombre?
 Dará á la edad futura
 La patria tu memoria;
 Pues ella te ama porque fué tu amada,

Y hoy alumbra su frente ensangrentada
El espléndido rayo de tu gloria.

Reposa en paz tranquilo,
Que si en mis ansias locas
Volviere alguna vez de tus verjeles,
Las hojas te daré de sus laureles
Y las agrestes flores de sus rocas.
De este piadoso asilo
Donde tu sombra vaga,
Conmovido me alejo tristemente,
Que la luna se acerca al Occidente
Y su luz melancólica se apaga.

Voy á mirar amante
Nuestros risueños prados;
Adiós, por siempre adiós, y en paz reposa:
Yo besaré la tumba silenciosa
Donde duermen tus padres olvidados.
Y atravesando errante
Las fértiles campañas,
Cuando canten los tiernos ruiseñores,
Yo entonaré, llorando entre las flores,
Los himnos de tu amor en tus montañas.

MANUEL M. FLORES.¹

ODA A LA PATRIA.

(5 de Mayo de 1862.)

Alcemos nuestro lábaro en la cumbre
Esplendorosa de granito y nieve
Del excelso volcán, adonde raudó
Entre el fulgor de la celeste lumbre
Tan sólo el cóndor á llegar se atreve;
Donde la nube se desgarrá el seno
Para vibrar el rayo
Y hacer rodar en el abismo el trueno.
Alcemos, sí, bajo la arcada inmensa
Del cielo tropical y sobre el ara
Diamantina del Ande
El augusto pendón de la victoria,
Que aun mereciera pedestal más grande
La enseña de la Patria y de la Gloria!

¡Oh santo nombre de la Patria!..... Escuda
Con tu prestigio inmenso
Esta mi audaz palabra tan desnuda
De elocuencia y vigor; haz que vibrante
Al pie de tus altares se levante
Y sea como la nube del incienso
Ante el ara de Dios; haz que resuene
Potente, y en su vuelo

¹ Nació en San Andrés Chalchicomula, Estado de Puebla, en 1840. Murió, ciego, en México.

Con tu renombre los espacios llene
Y cubra al mundo y se levante al cielo!

Ayer —fugaz minuto que á la Historia
Acaba de pasar en las serenas
Y deslumbrantes alas de la Gloria—
Ayer en la ignorada
Cumbre de una colina que ceñía
Una cinta de frágiles almenas
Y pobre artillería,
El mexicano pabellón flotaba
Bajo un cielo de brumas,
Como en la frente del guerrero azteca
Rico penacho de vistosas plumas.
Mas no flotaba al beso voluptuoso
De las brisas del trópico; crujía
Al soplo tempestuoso
De un huracán de muerte, y se tendía
Su lona tricolor, como del iris
Sobre la frente negra de los cielos
La diadema se ostenta
Cuando huyendo flamígera sacude
Su melena de rayos la tormenta.

Y era también un iris de esperanza
Aquel sagrado pabellón erguido
Ante el genio feroz de la matanza,
Aquella enseña del derecho herido
Alzándose terrible á la venganza.
Allí del mundo de Colón los ojos
Severos se fijaban, centelleando
De impaciencia, de cólera y enojos.
Y quién sabe si airadas
Allá desde los picos solitarios
De la alta cordillera, silenciosas,

Envueltas en sus pálidos sudarios,
De nuestros héroes muertos asomaban
Las sombras espectrales
Y el Guadalupe atónitas miraban!

¡El Guadalupe!..... Ostenta en sus laderas
De la Patria las bélicas legiones,
Brillan las armas, flotan las banderas
Y se mezcla al rodar de los cañones
El toque del clarín, la voz de mando
Y el relincho marcial de los bridones.

Y más allá, cruzando la llanura,
Henchidas de arrogancia,
Tendiendo al sol las alas voladoras
Las imperiales águilas de Francia
Conduciendo las huestes invasoras.

Las huestes sin rival. En sus pendones
Cien y cien veces derramó laureles
Propicia la victoria;
Soldados favoritos de la gloria,
En los campos de Europa sus corceles
Han dejado una huella ensangrentada,
Y cien veces sus páginas la Historia
Abrió á la punta de su atroz espada.

Ellos son y ya avanzan..... ¡Dios Supremo!
¡Ah! ¿qué va á ser de nuestra pobre tierra
Ante esos semidioses de la guerra?.....
¿Qué va á ser del soldado mexicano,
Soldado humilde, sin laurel ni pompa,
De esos titanes al tremendo empuje?.....

¿Qué va á ser?... Vedlo ya.... Suenan la trompa,
Silba la bala, la metralla ruge,

Avanzan con furor los batallones,
Se chocan los guerreros,
Se desgarran flotando los pendones.
Crujen tintos en sangre los aceros,
Tiembla la cumbre, tiembla la llanura
Al estruendo mortal de la pelea,
Y de humo y polvo en la tiniebla oscura
El cañón formidable centellea!

¡Terrible batallar! Potente rabia
De insensato furor ebrio de sangre;
Festín de la venganza
En que sólo resuena pavoroso
El salvaje rugir de la matanza;
En que fiera la vida
Se escapa palpitante por la herida
Del corazón indómito que aun late
Encendido en las iras del combate;
Instante de terror y de grandeza
En que el débil en bravo se convierte,
Y se hace león el corazón del fuerte,
Y convulsa la vida se desgarrar,
Y se goza el Horror, ríe la Muerte!

¡Terrible batallar! Golpe por golpe,
Furor contra furor, vida por vida
Y sangre nada más: allí la fama
Del francés vencedor y su pericia
Contra el derecho transformado en pueblo
Y armado de justicia.....
Terribles las legiones
Cual de la mar las olas turbulentas
Que flagela el furor de las tormentas,
Se encuentran, y se chocan, y se rompen
Feroces y sangrientas!.....

¿Y es verdad.... es verdad.... Los invencibles,
Los que cejar no pueden,
Los tigres de Inkermán y Solferino,
¿Aquí blanca la faz, perdido el tino
Y con miedo en el alma..... retroceden?

¿En dónde está su incontrastable arrojó?
¿En dónde su furor armipotente?
¿Dó el llegar y vencer que suyo haría
Inmóvil de terror el Continente?
Las águilas francesas
¿No midieron, cruzando el Oceano,
Cuánto eres, Libertad, grande y potente
Bajo el inmenso cielo americano?.....

Soberbias te arrojaron sus legiones;
Y viéndolas llegar, en tu mirada
Las iras del ultraje centellearon;
Y vibrando relámpagos tu espada,
Sus golpes matadores
El rayo de la muerte fulminaron;
Sangrienta charca abrióse tu pisada,
Nada su rabia de leones pudo,
Y ante tu fuerte escudo
Ellos, los invencibles..... se estrellaron!

¡Y tres veces así!..... Del Guadalupe
Quedaron las laderas
De pálidos cadáveres sembradas,
Y de francesa sangre
Y sangre mexicana ¡ay! empapadas.

Y cuando el sol de Anáhuac esplendente
Bajaba al Occidente,
El ángel tutelar de la victoria
Voló á arrancarle su postrero rayo,

Bañó con él de México la frente
 Sellándola de gloria,
 Y con letras de sol, "Cinco de Mayo"
 Para los siglos escribió en la Historia!

Entonces..... tú lo sabes, Puebla mía,
 ¡Oh Puebla! cuya heroica bizarría
 Nunca ensalzar como merece supe;
 Tu nombre, sepultado en el olvido,
 Aprendiólo la Francia al estampido
 Del cañón que tronaba en Guadalupe.

Cayó ese nombre en la soberbia Europa
 Con el ruido triunfal de una victoria,
 Cayó vestido con el ampo de oro
 Del sol de Mayo que alumbró tu gloria.

Desde entonces, allá, bajo el sereno
 Dosel de auroras que despliega Oriente,
 Envuelta en alas de oro por la lumbre
 De aquese sol triunfal, y coronado
 Con el lauro que el tiempo no destroza,
 Del Guadalupe yérguese en la cumbre
 La figura inmortal de Zaragoza!

Las águilas francesas que algún día
 Tendieron sobre el mundo
 Ebrias de triunfo las potentes alas
 Llevando entre sus garras las banderas
 Vencidas y hechas trizas
 De naciones altivas y guerreras;
 Las águilas que guiaron la fortuna
 Sangrienta de los fieros Bonaparte,
 No posaron su vuelo victorioso
 Después, del Guadalupe en el baluarte.

Y queda allí, soberbio monumento
 De patriotismo y gloria,
 Vistiendo con la sangre no lavada
 La púrpura triunfal de su victoria.

Allí queda á su planta la esforzada
 Guerrera de Atoyac, Puebla la bella,
 La tierra de mi hogar que guarda altiva
 Cual cicatrices que la gloria sella,
 Sus rotos muros, sus deshechos lares,
 Sus calles destrozadas,
 Y en pie las ruinas de sus grandes templos
 Por la bala francesa acribilladas:
 Elocuente padrón del heroísmo
 Y del patrio denuedo,
 Página de la historia
 Del mexicano corazón sin miedo.

Allí queda la invicta
 Amazona mostrando cual trofeo
 La palpitante herida del combate,
 Por la cual, ante el sol, como en el roto
 Pecho de los guerreros de Tirteo
 Se ve el valiente corazón que late.

Allí queda ese fuerte de los libres
 Ante cuyo granito la soberbia
 De los nunca vencidos se destroza;
 ¡Allí queda ese campo de pelea
 Donde hollaron las cruces de Crimea
 Los cascos del corcel de Zaragoza!
 ¡Allí quedas, mi Puebla! Y si algún día
 Arroja el extranjero
 El grito de la guerra á tu muralla,
 Renueva tu osadía,

Vibra de nuevo el matador acero,
 Desata el huracán de la metralla,
 Fulmina fiero de la muerte el rayo,
 Y la sangre del campo de batalla
 La seque aun otra vez la esplendorosa
 Lumbre de gloria de tu sol de Mayo!

MANUEL ACUÑA.¹

LA VIDA DEL CAMPO.

Beatus ille qui procul negotiis....
 HORACIO.

Yo no sé si el señor Horacio Flaco
 Fué quien se alzó el primero,
 Echando noramala la cultura
 Y hablando de la dicha y la ventura
 Que se goza viviendo á lo rancharo.
 Yo no sé si el buen vate poseía
 Quinta ó hacienda, ó lo que allá se estile,
 Ni si viviendo en ella se hallaría
 Cuando dió en escribir su *Beatus ille*.
 Pero el hecho y el caso
 Es que desde él á Rosas,
 Sin contar á Fray Luis y á Garcilaso,
 No hay poeta que no hable á cada paso
 De la vida del campo y de sus cosas;
 Y tanto de magnífico y de bueno
 Nos dicen de esa vida,
 Y tanto nos repiten *la escondida*
Senda y la fruta del cercado ajeno,
 Que ganas dan de veras
 De comprar unas buenas chaparreras,
 De abandonar el fieltro por el ancho,
 El bastón por la reata,

¹ Nacido en el Saltillo (Coahuila) el 27 de Agosto de 1849. Muerto en México el 6 de Diciembre de 1873.